

lento y desordenado de la ciudad, porque en su nuevo ambiente, eran fácilmente extraviados por los demagogos y los agitadores, de origen tanto local como extranjero.

Por otra parte, se portaron siempre como admirables soldados, cuando la ciudad, en tiempo de guerra, envió su contingente de tropas.

Tomaron escasa participación en los movimientos anarquista y socialista, y dieron muestras de un talento que no se debe considerar como una cualidad para ponerse al corriente de las intrigas de la política local y moverse con una facilidad consumada.

El mejoramiento de su condición material se hizo bien manifiesto después de tres ó cuatro décadas.

Por otra parte, los rasgos miserables de su carácter procedían del género particular de existencia en su antigua patria, y estos rasgos tendían á desaparecer á medida que se sucedían las generaciones en el suelo americano.

El hecho de hablar el inglés les proporcionaba una inmensa ventaja sobre los alemanes, haciéndolos aptos para mezclarse, desde su llegada, en la vida americana; pero la diferencia de religión tendía á mantener, por lo menos, las dos primeras generaciones separadas de los ciudadanos antiguos.

Los irlandeses y los alemanes llegaron á tal número, que pudieron continuar viviendo dentro de su esfera social; pero lo mismo entre unos que entre otros, aquellos descendientes de inmigrados que tenían más ambición, mayor energía, no tardaron en reconocer que era necesario llegar á ser completamente americanos, si querían conseguir las grandes ventajas que proporcionaba la vida americana, y al mismo tiempo cada familia, al adquirir riquezas y educación, no de-

seaba otra cosa que poder penetrar en las esferas superiores de la sociedad americana.

Cuando estalló la guerra civil, la marea de la inmigración había cubierto, á lo menos desde el punto de vista de su número, la antigua masa de los «americanos de nacimiento».

La sangre mezclada de New-York había sufrido una mezcla más.

Es curioso seguir las superposiciones sucesivas de los elementos sociales en la población de la ciudad.

Los holandeses dominaban después de su fundación, pero existía un buen número de flamencos, que fueron bien pronto absorbidos por los noruegos.

Había una gran proporción de hugonotes franceses que no cesaron de afluir, y que fueron absorbidos más lentamente.

Existían también muchos ingleses y algunos alemanes.

Cuando fué definitiva la conquista inglesa, llegó de Inglaterra y de Escocia un gran contingente. Los hugonotes continuaron afluyendo durante corto tiempo; después hubo una gran inmigración alemana y otra muy importante escoto-irlandesa.

Al acabar la revolución, todos estos pueblos se veían precisados á emplear la lengua inglesa y á formar una masa sólidamente cimentada; pero la inmensa mayoría de los ciudadanos no eran de sangre inglesa.

Muy pronto tuvo lugar una nueva invasión de la Nueva Inglaterra, y por vez primera los ciudadanos de sangre inglesa tuvieron preponderancia numérica sobre los de cualquier otro origen.

Sin embargo, bien pronto se efectúa una fusión total, y todos se hicieron puramente americanos.

La considerable inmigración que tuvo lugar de 1820 á 1860, cambió por completo las cosas.

En esta última fecha, los de origen y raza irlandesa eran mucho más numerosos que los demás.

Seguían después los alemanes, con un cierto intervalo, mientras que los americanos de sangre, que dirigían y gobernaban todo, formaban el tercer grupo compacto.

Como es natural, las antiguas razas de la ciudad formaban el molde en que las otras se vaciaban. Alguna vez la operación es lenta y difícil; pero al fin el alemán ó el irlandés acaba siempre por americanizarse, y su influencia sobre su país adoptivo, si bien considerable, no es nada al lado de la que ejerce sobre él este país adoptivo.

El extraño crecimiento de la iglesia católica tenía por causa natural la inmigración, sobre todo la inmigración irlandesa.

En los tiempos coloniales, el catolicismo romano no había sido tolerado.

Cuando se estableció la completa libertad religiosa, y se organizó el nuevo gobierno, comenzaron á llegar los católicos.

Apenas terminada la revolución, construyeron una iglesia; pero durante los treinta primeros años su congregación arrastró una existencia muy accidentada. Tuvo años de prosperidad, durante los cuales se levantaron un convento, una escuela, etc., y años de adversidad, durante los cuales los abandonó.

La congregación estaba compuesta, en su mayor parte, por inmigrantes, sobre todo irlandeses; pero hubo en ella bastantes alemanes y franceses, por lo que fué necesario predicar también en estas lenguas.

A pesar de todo, la iglesia en esta época languide-

ció. La instrucción y la dirección religiosas apenas si tenían asegurado un pequeño número de inmigrantes católicos; así que una gran parte de éstos y sus hijos se hicieron protestantes.

Después de la guerra de 1812, las cosas cambiaron completamente de aspecto.

New-York llegó á ser la Sede permanente de un obispado. Llegó gran número de sacerdotes. Se construyeron varias iglesias, y todo volvió á llevar una existencia intensa.

La inmensa inmigración irlandesa imprimió á la Iglesia el carácter que conserva hoy día, y decidió que esta iglesia sería inglesa, lo que hizo de ella un poderoso agente para americanizar á los inmigrantes católicos llegados del continente europeo.

Ya en 1826, los católicos de New-York protestaron contra el envío de un obispo francés, y sin embargo, en esta época se había juzgado necesario establecer iglesias distintas para alemanes, pues la inmigración alemana había comenzado también.

La afluencia había sido tan enorme durante los doce años que habían transcurrido, que en esta fecha los católicos formaban ya la quinta parte de la población.

Las sectas protestantes se alarmaron ante este inmenso desarrollo de la Iglesia Romana, y durante los treinta años que precedieron á la guerra civil, se efectuó contra ella una viva agitación política y religiosa. Los sentimientos se excitaron de tal modo, que hubo graves sediciones, en las que muchas veces se vertió la sangre entre la población católica y la protestante, en las grandes ciudades, entre ellas New-York.

La Iglesia continuó desarrollándose sin interrupción, y la animosidad por ambas partes disminuyó mucho, pero sin extinguirse, como era de desear.

El catolicismo creció por el número de conversiones de los americanos, que muchas veces ocupaban una alta posición social, si bien estas ganancias quizá fueron compensadas por las pérdidas de inmigrantes católicos que tendían hacia el protestantismo.

Los irlandeses han formado el núcleo principal de la Iglesia en América, y esta circunstancia, así como la aptitud que ha mostrado para adaptarse á la vida americana, han producido su desarrollo (1).

La Iglesia católica de Irlanda, diferente en esto de la Iglesia católica de la mayoría de los demás países del continente europeo, ha sido la iglesia del sentimiento popular. El catolicismo americano vino igualmente á asociarse á todos los movimientos en favor de las masas populares, al mismo tiempo que sufría la influencia de las teorías americanas sobre la completa tolerancia religiosa y sobre la separación de la Iglesia y el Estado. En otros términos, tendía á ser americano.

Sin embargo fué, fuera de Baltimore y de las misiones francesas, españolas é indias, una iglesia de inmigrantes pobres y, sobre todo, de obreros.

Muchas veces, entre los descendientes de estos inmigrantes, hubo algunos que consiguieron hacer fortuna y conquistaron posiciones distinguidas en la sociedad. Las diferentes nacionalidades comenzaron á fundirse y á asimilarse por la lengua y las costumbres á la vieja cepa americana. Por consiguiente, la Iglesia tendía gradualmente á ocupar un puesto decoroso entre las demás iglesias americanas, reservándose su

(1) Los lectores recordarán las tentativas de americanismo ó iglesia nacional, patrocinadas por los cardenales Gibbons é Ireland, que tuvo que reprimir el difunto León XIII.—*(N. del T.)*

acción omnipotente, y comenzó á suministrar gran número de hombres de gran valor social é intelectual.

En 1820, cuando la inmigración caminaba hacia su gran desarrollo, excitó vivas inquietudes en el espíritu de muchos ciudadanos naturales, que sentían antipatía y desdén por los extranjeros. Este sentimiento era, bajo ciertos aspectos, absolutamente injustificado, pero bajo otros aspectos se explicaba muy naturalmente por el hecho que los recién llegados aportaban más vicios, crímenes, miseria y pauperismo en la comunidad. El pueblo les imputaba diferentes epidemias que más tarde sobrevinieron, particularmente la terrible epidemia del cólera de 1832.

New-York, como había sido poblada por inmigrantes de diferentes nacionalidades, cada una de ellas, á medida que se convertía en americana, miraba con antipatía á la clase nueva, como ya se ha dicho.

Lo mismo ocurre en nuestros días.

Los nietos de alemanes é irlandeses, á quienes hacía sesenta años se les había hecho este reproche fundado, protestan á su vez contra los inmensos enjambres enviados por la raza eslava ó italiana. Las antipatías de raza y de religión han causado un buen número de sublevaciones en New-York durante el siglo actual, y este fué el caso particular en el período de cuarenta años que precedió á la guerra civil.

Sin embargo, sobrevinieron durante toda esta época sublevaciones por varias causas porque el populacho de la ciudad era entonces mucho más turbulento y mucho más difícil de contener que hoy.

Conviene advertir que no sólo se encontraron en sus filas extranjeros, sino que se halló también un elemento numeroso y muy peligroso de bandidos americanos de nacimiento.

Los motines más frecuentes tenían lugar en las representaciones teatrales. El populacho era muy patriota y ardientemente anti-inglés. Por otra parte, muchos de los actores ingleses, venidos á América para hacer dinero, fueron tan estúpidos que expresaron francamente su desprecio hacia el pueblo en que pretendían hacer fortuna. Dos directores de teatros rivales no omitieron nada para hacer circular estos propósitos. Entonces el pueblo acudía al teatro, le llenaba por completo y arrojaba una verdadera lluvia de proyectiles sobre el desdichado culpable desde su entrada en escena. El actor maltratado no siempre era extranjero; todo americano contra el cual el pueblo tuviera un resentimiento, estaba expuesto á sufrir una acogida semejante.

Ciertos periódicos—un buen número de los cuales tuvieron por editor al auténtico Jeffersson Bricks—estaban siempre dispuestos á lanzar sátiras contra todo actor hacia el que tuvieran motivos de odios.

Muchos de estos alborotos fueron muy serios, alcanzando su apogeo en 1849, en los combates del teatro Astor y de la Opera. En esta ocasión el pueblo intentó saquear el teatro donde representaba un desastroso actor inglés; pero lo impidió la policía. Se reunieron muchos miles de hombres en las calles, y las tropas acabaron por disparar y dispersarlos después de matar á unos veinte, lo cual fué una excelente y saludable lección para los revoltosos. Otros motines tuvieron lugar por causas más justificadas.

Las proporciones de la inmigración habían creado una gran clase de desgraciados que con gran trabajo llegaban á ganar el pan cotidiano, y todo período de miseria repentina y grave les condenaba á morir de hambre.

Hubo en la ciudad dos ó tres grandes incendios que fueron para ella terribles desastres. El pánico de 1856 á 1857 engendró una miseria y un sufrimiento que duraron mucho tiempo. El precio de la harina subió á quince dollars el *barrel* (78,68 pesetas los 159 litros). Los pobres se vieron sumidos en la más cruel miseria, y, animados por los demagogos, lanzaron el grito de «pobres contra ricos», y denunciaron especialmente á los negociantes en harinas y granos.

Los «Motines del pan» de Enero de 1857 fueron el resultado de aquélla.

Numeroso populacho se unió á los portadores de carteles con estas palabras: «¡Pan!, ¡carnel!, ¡salario!, ¡combustibles!, ¡que bajen los precios!» Asaltó y saqueó muchos almacenes y depósitos, y tiró por las calles la harina y el trigo.

Hasta la caída de la tarde no pudo la policía restablecer el orden.

También ocurrieron terribles sublevaciones con motivo del trabajo, produciéndose generalmente cuando los *Trade-Unions* prescribían una huelga y se esforzaban por impedir que otros obreros ocuparan los puestos de los huelguistas.

En todos estos casos, la gran masa de revoltosos se componía de extranjeros.

También hubo sublevaciones contra los abolicionistas, siendo disueltos sus *meetings* y muchas veces maltratados sus *leaders*.

Además, se registraron sangrientos encuentros entre los americanos y extranjeros, generalmente irlandeses.

Por último, hubo frecuentes alborotos en tiempo de elecciones, en los *meetings* celebrados al aire libre, y numerosas riñas entre los adictos á los partidos opuestos.

En política, la marcha constante hacia un gobierno absolutamente democrático fué interrumpida por ciertas obligaciones secundarias.

El partido *whig* fué el adversario constante, y alguna vez afortunado, del partido demócrata en la mitad de este período.

El partido demócrata contenía, como siempre, la mayor parte de los votantes extranjeros y católicos. Su fuerza estaba en los barrios pobres. Así que estaba siempre en peligro cuando surgía alguna acción popular.

En 1830 se creó un partido del trabajo; pero tuvo una existencia efímera, no teniendo ningún resultado.

En 1834, el primer alcalde elegido lo fué por el sufragio universal. La lucha fué reñida, y el demócrata Lawrence no obtuvo sobre el *whig* Werplanck sino una mayoría de doscientos votos.

Entre los jefes del partido demócrata se encontraban aún algunos negociantes y personas influyentes. Entonces los simples demagogos políticos no osaban todavía llevar el título de *leaders*.

Lawrence era un *gentleman* opulento. El día de año nuevo abrió, según uso general, sus puertas á todo el mundo. Pero la batahola de *leaders* de barrio y de *heelers* (1), políticos de toda clase, que invadieron su casa, la transformó bien pronto en un bodegón, y saqueándolo todo, tuvo que recurrir á la policía para desembarazarse de sus invitados.

La democracia no estaba todavía familiarizada con el ejercicio del poder, y no sabía conducirse.

Uno ó dos años después nació otro partido del trabajo, y tuvo también efímera existencia. Debíó su

(1) *Heelers*, secuaces de un jefe de partido.

origen, como de ordinario, á una excisión en el partido demócrata.

Los adictos se titulaban «hombres de iguales derechos» ó «anti-monopolistas».

Se les dió generalmente el apodo de *Loco-focos*, porque al comienzo de su carrera, en una reunión tempestuosa de la democracia de la ciudad, en un *hall* sus adversarios apagaron el gas. Pero uno de ellos había tomado la precaución de llevar pajuelas (*loco-foco*), encendieron de nuevo el gas y consiguieron el objeto del *meeting*.

Los principales artículos de su *credo* político eran la hostilidad hacia los Bancos, y en general hacia las Compañías, y el deseo de que los jueces fueran elegidos por corto tiempo, de modo que el pueblo los tuviese á su discreción. En otros términos: pretendían que la ley fuese aplicada, no conforme á los principios de la justicia, sino al capricho popular del momento. Disgregaron el partido demócrata y con eso prestaron servicios á los *whigs* durante los dos ó tres años que duraron.

El partido *nacional americano* comenzó á moverse próximamente cuando acabó el de los *Loco-focos*.

Los nacionalistas americanos representaban simplemente el elemento hostil hacia los extranjeros en general, y muy particularmente hacia los extranjeros católicos. No tenían entonces ninguna raíz estable, y solamente eran objeto de una preocupación. Privar de sus derechos políticos á los extranjeros establecidos en el país es un acto inicuo, que nada tiene de común con la medida prudente á todas luces, que consiste en limitar la inmigración sobre nuestras costas, y ejercer sobre ellas una rigurosa vigilancia.

Los nacionalistas americanos llevaron como parti-

do una existencia intermitente que se prolongó una veintena de años, hasta el nacimiento de los *Known-things* (*No sé nada*), que desaparecieron en cuanto surgió el partido republicano.

En 1841, los católicos hicieron la loca y peligrosa tentativa de organizarse en un partido separado, con motivo del disgusto que les había causado el empleo de los fondos destinados á las escuelas públicas. Insistieron en que se les remitiese una parte de estos fondos para sostener sus escuelas confesionales y formaron un partido que debía sostener exclusivamente los candidatos que aprobasen sus peticiones. En esta época el pueblo estaba imbuido del principio de libertad en las escuelas, y este esfuerzo no dió ningún resultado. El único efecto que produjo fué el de dar gran impulso al partido nacionalista americano, que con esto venció en la elección de alcalde de 1844.

A despecho de los intermedios de este género que tenían lugar de cuando en cuando, el partido demócrata, dirigido por Tammang-Hall, reprimió los abusos en la administración.

De año en año, el partido escapó poco á poco á la influencia de los negociantes acomodados y de los hombres de negocios, para caer en las manos de políticos profesionales de carácter repugnante.

La magistratura se hizo electiva en 1846, y la mayoría de los funcionarios locales fueron en lo sucesivo nombrados de la misma manera. La masa de votantes pobres é ignorantes, nacidos en su mayoría en el extranjero, pero dirigidos y guiados por americanos desprovistos de escrúpulos, era dueña de la situación y despreciaba desdeñosamente á sus antiguos *leaders*.

Los hombres de negocios sintieron repugnancia á

mezclarse en una política que consistía, más bien que en la compra de votos, en fraudes electorales, en actos de brutal intimación, en violencias en los colegios electorales, hechos que eran más ó menos comunes.

En el Estado, en la ciudad, se recompensaban los servicios políticos con una venalidad absolutamente despreciable.

Hacia 1850, la política había caído al nivel más bajo á que podía reducirse.

Fernando Wood, demagogo desvergonzado, cuya probidad financiera era más que equívoca, y que se entendía á su manera con los políticos de barrio, llegó á ser el *boss* de la ciudad, y, por último, fué elegido alcalde.

Sus lugartenientes eran unos pillos, mal educados en la escuela de Isaias Rynders, su brazo derecho. Gobernaban por la fuerza y el fraude y se entendían perfectamente con las clases turbulentas y medio criminales.

Wood y Rynders eran americanos de origen, el primero de parientes ingleses, el segundo descendía de holandeses; sería difícil encontrar dos hombres de origen extranjero y de naturaleza análoga que fuesen tan nocivos.

En 1850 se emprendió la construcción de caminos de hierro sobre las calles, y las autorizaciones, en muchos casos, fueron obtenidas por la compra del consejo comunal. Este fué el último golpe; de entonces data la incurable corrupción de la municipalidad.

En 1857, la legislatura del Estado, gobernando Albany, se empeñó en una larga y activa intervención en los asuntos municipales, en la que hubo aciertos y fracasos. Votó un título que distribuía la responsabilidad y el poder entre los diversos funcionarios

locales, multiplicando, sin necesidad, el número de éstos y obstinándose en mantener el principio de separación del gobierno para el condado y la ciudad, precisamente cuando estas dos divisiones se confundían en la práctica.

Creó también oficinas y comisiones locales que debían nombrar las autoridades del Estado y no las de la ciudad.

Este último acto produjo una oposición violenta por parte de los políticos de la ciudad, sobre todo con motivo de la nueva delegación de policía. Las autoridades de la ciudad querían á todo trance conservar el derecho de nombrar y mandar á la policía, resistiéndose por la fuerza al establecimiento de este sistema.

La antigua «policía municipal» de Fernando Wood y la nueva policía del Estado, llamada policía «metropolitana», entablaron una batalla en las calles durante dos días, corriendo la sangre en abundancia.

Pero las Cortes declararon conformes con la Constitución los actos del Parlamento, y las autoridades locales se vieron obligadas á renunciar á su opinión.

Durante este período, los edificios públicos y privados de New-York ganaron rápidamente en dimensión y magnificencia, así como en número. Difícil es decir lo mismo de su belleza; no obstante, existen algunos que son verdaderamente hermosos, por ejemplo, algunas iglesias como la Trinidad, y, sobre todo, San Patricio, cuya primera piedra fué colocada en 1858.

Un monumento verdaderamente grandioso de ingeniería y arquitectura, el acueducto de Croton, comenzó á funcionar en 1842.

La ciudad había hecho también algo por colocar el progreso nacional en un orden más elevado, aquél

cuya ausencia hace de la prosperidad material una causa de abatimiento nacional. Ella contribuyó, por su parte, á ayudar en sus penosos esfuerzos las escuelas americanas de pintura y escultura, y contribuyó más que ninguna otra á la creación de la literatura americana.

La famosa cuestión planteada en 1820 por Sydney Smith estaba enteramente justificada por los hechos. En nuestros días, nadie lee un libro americano escrito en esta época, salvo dos excepciones, y apenas si se podía esperar que el ingenioso escritor citado conociese la primera obra de Washington Irving, obra enteramente local. Quizá no había en Inglaterra una persona que hubiera oído hablar de este libro verdaderamente maravilloso: *El Federal*.

Estas obras se referían ambas á New-York. Esta ciudad puede muy bien pretender, con razón, haber sido la cuna de la literatura americana.

Después de 1820, Washington Irving y Fenimore Cooper conquistaron una gran celebridad. Al mismo tiempo, Bryant llegaba á ser el jefe de los poetas, entre los cuales había hombres como Rodman y Drake.

Por primera vez tuvimos una literatura verdaderamente digna de este nombre, que jamás estuvo saturada del servil espíritu colonial ni del espíritu de baja imitación de las cosas de Europa.

Nuestra vida política no llegó á ser completa y sana sino cuando hubimos conquistado nuestra independencia política, y es cierto, del mismo modo, que jamás hemos hecho ni haremos nada que valga, ni en literatura ni en arte, si no trabajamos, de hecho, como americanos.

No estamos todavía libres del espíritu colonial en el arte y en las letras, pero se puede decir otro tanto

y peor aún de nuestra vida meramente social, por lo menos desde el punto de vista de lo que debiera ser y de lo que pretende ser, pero no de lo que es nuestra vida social superior.

En los *Poliphar Papers*, Mr. Curtis, un neoyorkino, de que todos los neoyorkinos tienen derecho á vanagloriarse, ha dejado una descripción que no puede considerarse como una caricatura de la vida social distinguida de New-York, tal como era en los diez años que precedieron á la guerra civil.

Es un cuadro que no tiene nada de encantador.

Entonces la ciudad contaba 750.000 habitantes, y las condiciones de existencia se parecían mucho á las de hoy.

La época de los *railways* y de la navegación llegaba á su apogeo.

Todos los problemas, todos los males políticos y sociales que existen hoy, existían entonces, muchas veces bajo formas más graves.

Las clases exclusivamente comerciales estaban absorbidas por el deseo de ganar dinero, preocupación que tiende, naturalmente, á tomar un aspecto innoble cuando se toma como objeto y no como medio.

Había llegado á ser muy fácil viajar por Europa. Cada estación desembarcaban gran número de turistas americanos y volvían sin que, en apariencia, hubieran sacado gran partido de su viaje.

New-York contaba un gran número de ricos, que apenas sabían proporcionarse, con su dinero, los placeres posibles; estas gentes no habían sido educadas como deberían serlo todos los buenos ciudadanos de la República que tienen recursos y están ociosos; deben entregarse al trabajo, cualquiera que sea, política, literatura, ciencia, ó á lo que, á falta de otra palabra

mejor, llamaremos filantropía, si quieren verdaderamente gozar de la vida y no ser despreciados como zánganos de la sociedad.

Por otra parte, esas gentes apenas si saben apreciar las variedades infinitas de placer, de interés, de utilidad que la vida americana ofrece á todo hombre, rico ó pobre, por poco que sienta y piense.

Con su pobre imaginación, admitían como punto de partida la suposición de que, para gozar de su opulencia, les era preciso imitar servilmente los rasgos superficiales, los defectos, más bien que los méritos de la vida de las clases ricas de Europa, en vez de poseionarse de mejores rasgos y de modificar igualmente aquellos rasgos conforme á su medio natal. Ponían la opulencia por encima de todo, y por eso daban á su existencia un aire de vulgaridad incurable.

Los triviales esplendores del segundo Imperio francés les atraían, como era natural, y ellos imitaron los procedimientos tanto como les era posible. Modas, maneras, diversiones, todo fué copiado de París, y cuando llegaban de Europa, habían pasado en París la mayor parte del tiempo.

Las personas inteligentes y enérgicas encontraban este género de vida tan triste en su país como fuera de él. Apenas si se interesaban por la literatura ó por la política, ni hacían exploraciones ni cacerías en su propio país. No tenían afición á los *sports* atléticos, que hace perdonar tantas cosas á la juventud florida de nuestros días, y que es de alguna utilidad, si no se entrega uno á él como exclusivo objeto.

La sociedad distinguida estaba compuesta de dos clases.

Existían las gentes de buena familia, aquellas cuyos antepasados habían durante largo tiempo desem-

peñado dignamente su papel en el mundo, y que aspiraban á una superioridad en nombre de estos recuerdos del pasado sin presentar ningún mérito presente.

En segundo lugar, existían fortunas que habían adquirido con trabajo sus padres, gente honrada y hábil, que tienen esta calidad de agiotistas, lo que no implica falta de otras cualidades estimables. La familia de éstos gastaba siempre lo que el padre había ganado.

En verano marchaban á Saratoga ó á Europa; en invierno volvían á New-York.

La quinta avenida comenzaba á convertirse en la calle de moda. Esta fué la causa de que se construyeran viviendas con fachadas de piedra oscura, todas muy parecidas, tanto en el exterior como en el interior, por el estilo de su mueblaje, mobiliario pesado, dorados, cristales y arañas resplandecientes. El que era muy rico tenía una fachada mayor, más dorados, más cristales y más arañas.

Había un movimiento constante de diversiones, pero sin ninguna variedad y presentando poco interés.

Como es natural, había muchas excepciones, pues existían bastantes viviendas muy bonitas; se hacía una vida social de las más agradables, así como existían en gran número honrados políticos. Había también un considerable número de hombres y mujeres perfectamente organizados para cumplir los grandes deberes de la existencia americana y obtener por ello las más hermosas recompensas.

Pero, considerada en su conjunto, la vida distinguida y política de New-York, en la década que precedió á la guerra civil, ofrece un cuadro más instructivo que atractivo.

CAPITULO XIV

HISTORIA CONTEMPORÁNEA

Crecimiento de la población y límites municipales.—Estalla la guerra civil.—Influencias separatistas.—Renace el lealismo.—Apoyo activo prestado al gobierno federal.—Sublevaciones del reclutamiento.—Sublevaciones irlandesas.—Corrupción política.—Estafa de Bolsa.—El *Tweed-Ring*.—Peligros del sistema político y sus remedios.—Cambios en el carácter de inmigración.—Fuerzas relativas de las iglesias.—Progreso en la arquitectura.—El puente de East-River.—El Parque central.—Clubs.—Edificios públicos.—Instituciones filantrópicas.—*Cooper-Union*.—Celebración del centenario de la Constitución federal.—Ciencia, artes y literatura.—Vida social.—Perspectivas futuras.

En 1860, New-York tenía más de ochocientos mil habitantes. Su población casi se ha duplicado durante los treinta años siguientes.

Si hubieran ensanchado los límites de la ciudad, como ocurrió en Londres y Chicago, de modo que englobara los arrabales, la población se elevaría á cerca de tres millones de almas. Recientemente, la ciudad se ha extendido mucho hacia el Norte, más allá de Harlem, por la anexión de la parte que se llama el distrito anexionado.

El aumento de la riqueza ha seguido paso á paso al de la población. La ciudad es uno de los dos ó tres grandes centros comerciales y manufactureros del mundo,